

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La cometa que fue a la luna

Tom había hecho la cometa más grande del pueblo; y Anna, le había pintado una gran luna redonda y también varias estrellas. Tom se sintió muy orgulloso de sí mismo cuando corrió a la plaza del pueblo para volarla.

"¡Un paso atrás!", dijo mientras las chicas y los chicos se arremolinaban a su alrededor. "¡Ahora, verán mi cometa volar a la luna!".

Tom estaba haciendo un gran alboroto por su cometa, pero no todos los días uno tiene la oportunidad de volar la cometa más grande del pueblo, especialmente cuando solo tienes siete años. Sin embargo, se puso triste cuando vio que su cometa no tenía intención de volar a la luna. Cada vez que la lanzaba al aire, volvía a caer sobre la hierba; y aunque lo intentó una y otra vez, cualquiera podía ver que algo andaba mal con la cometa más grande del pueblo.

Tom se puso rojo, parpadeó y se recordó que solo tenía siete años. ¡Era triste saber que pasó tanto tiempo haciendo la cometa y ni siquiera volaba!

Cuando todos los niños y niñas se echaron a reír, lo señalaron con el dedo y comenzaron a bromear, fue imposible contener las lágrimas por más tiempo. A ellos no les importó la tristeza de Tom, solo se rieron más, al ver cómo el pequeño fabricante de cometas se arrojó al suelo a llorar. Recogió su cometa y se dirigió a la escuela para encontrar a Anna.

"Mi cometa no volaba", comentó, y trató de parecer como si no le importara un poco.

"¡Qué!", exclamó Ana. "¿Tu cometa no voló?"

Tom se subió al alféizar de la ventana y se sentó allí con las piernas balanceándose. "Toda la cuerda se mezcló", explicó.

"Creo que es por eso que no voló".

"Yo no", dijo Anna, decididamente. "Fue porque la cola era demasiado corta. Te lo dije, todo el tiempo".

"Vámonos", pidió Tom.

"¿Adónde vamos?", preguntó Anna, cuando se unió a él.

"Vamos a salir al mundo, a descubrir la razón por la que mi cometa no vuela", respondió Tom; y entre los dos recogieron la cometa más grande del pueblo y la llevaron al mundo.

"¿Cómo vamos a descubrir por qué tu cometa no vuela?", cuestionó Anna, cuando habían caminado un rato.

"Le preguntaremos a todos los que nos encontremos", afirmó Tom. "Seguro que hay alguien en el mundo que nos lo puede decir, y no descansaremos hasta encontrarlo".

"¿Cuánto tiempo crees que tendremos que caminar antes de encontrar a la persona adecuada?"



"Quizás durante años y años", soltó Tom alegremente. "Pero si somos rápidos, podemos encontrarlo antes que eso".

Empezaba a oscurecer y no vieron a nadie. "El mundo no está tan lleno de gente como esperaba encontrarlo", dijo Tom, en un tono decepcionado. "Espero que pronto conozcamos a alguien que sepa por qué mi cometa no vuela".

Entonces escuchó a Anna sollozar. "Tengo tanta hambre", se quejó. "¿No podemos ir a casa, Tom, y posponer ver el mundo hasta mañana?".

"Me temo que no sé el camino a casa; pero si esperas aquí, iré a traerte algo de comer", le propuso.

No estaba seguro dónde iba a encontrar algo que comer. No obstante, se apresuró por el camino lo más rápido que pudo. En el camino se encontró con un viejecito que llevaba un gran saco al hombro.

"Bueno, mi amiguito", saludó en un tono amistoso, "¿qué quieres de mi bolsa?".

"Eso depende de lo que tengas en tu bolsa", respondió Tom.

"Tengo todo lo del mundo en mi bolsa -explicó el viejito-, porque ahí está todo lo que todo el mundo quiere. Tengo risas y lágrimas y alegrías y tristezas; te puedo dar riquezas o pobreza, sensatez o tontería; aquí es una manera de descubrir las cosas que no sabes, y una manera de olvidar las cosas que sí sabes. ¿Tendrás un juguete que cambia cuando lo deseas, o un libro que te cuenta historias cada vez que lo escuchas? Elige lo que quieras y será tuyo; pero recuerda, solo puedo

darte una cosa de mi bolsa, así que piensa bien antes de decidirte".

"¿Tienes algo para comer en tu bolso?", pidió.

El viejecito sonrió y sacó un pequeño pastel. El anciano desapareció, con saco y todo, en el momento en que le había dado a Tom el pastel. Tom trotó de regreso al lugar donde había dejado a Anna.

"¡Qué hermoso pastel!", ella lloró. "Sabe a mermelada de fresa y toffee y helado, y todas las cosas que más me gustan. ¡Y mira! ¡Tan rápido como lo como, vuelve a crecer! ¡Dale un mordisco!".

"Sabe a bollos de grosella y cerveza de jengibre y todas las cosas que más me gustan. Es seguro que nunca moriremos de hambre mientras tengamos un pastel de hadas como este". Luego le contó cómo lo consiguió.

"Tal vez", comentó Anna, "el viejecito podría haberte dicho por qué tu cometa no volaba".

"Tal vez podría", dijo Tom, "pero no pensé en preguntarle. Le preguntaremos a la siguiente persona en su lugar".

Cuando miraron a su alrededor en busca de la cometa, no se la veía por ninguna parte. La luna salió de detrás de una nube y los ayudó en todo lo que pudo; aun así, aunque buscaron durante mucho tiempo, no pudieron encontrarla.

"Tal vez me fui a dormir mientras estabas fuera, y alguien se la llevó. Pensé que estaba despierta".

"¡Lo estabas! No es tu culpa", gritó una voz desde el seto. Por supuesto, nadie más que un elfo habría aparecido así, justo a tiempo para decir lo correcto; así

que los niños no se sorprendieron en absoluto cuando un elfo salió dando tumbos del seto.

"¿Sabes a dónde ha ido la cometa?", preguntaron los dos niños.

"Mira hacia arriba y verás", respondió el elfo, señalando el cielo.

El cielo estaba cubierto de estrellas, cientos y miles de ellas, todas titilando alrededor de la luna, tal como Anna las había pintado en la cometa. Una de ellas era diferente de todas las demás; tenía una cola larga y brillante que resplandecía como un adorno de árbol de Navidad. También corría por el cielo a tal velocidad que el resto de las estrellas tuvieron que apartarse de su camino lo mejor que pudieron. La mayoría de las personas que miraron por la ventana esa noche pensaron que vieron un cometa; pero Tom y Anna lo sabían mejor.

"Oh", gritaron, aplaudiendo con entusiasmo. "¡Ahí está nuestra cometa, y después de todo está volando hacia la luna!".

"No hay duda de eso", habló el elfo.

"Pero, ¿por qué no voló a la luna esta tarde, cuando todos los demás niños estaban mirando?", preguntó Tom.

"¡Porque no había una luna a la que volar, evidentemente!", respondió el elfo.

"Entonces, si hubiera pintado el sol en ella, en lugar de la luna, ¿se habría ido volando esta tarde!", exclamó Ana.

"Tienes razón", siguió el elfo. "¿Por qué pintaste la luna?".

"Bueno, verás, la luna es tan agradable y fácil", aseguró Anna. "Todo lo que tienes que hacer es dibujar un

círculo alrededor del plato más grande que puedas encontrar, y luego quitas el plato y pintas los ojos, la nariz y la boca, ¡y ahí está!".

"¿Quieren ir a la luna?", les preguntó el duende.

Anna miró a su alrededor; y allí estaba Tom todavía contemplando la estrella de larga cola que tanto alboroto causaba en el cielo. En ese momento, llegó a la luna y fue directo hacia ella con un gran chapoteo.

"Sí, mucho", pidió Tom al elfo, "pero no es la luna lo que queremos, es la cometa. Y la cometa se ha ido a la luna, ojalá hubiera esperado para llevarme con ella".

"Tendré el mayor placer de llevarlos hasta allí. Llamaré un cometa de inmediato". Se llevó los dedos a la boca y sopló un silbido que fue lo suficientemente largo como para alcanzar el cielo. Abajo se abalanzó un gran cometa brillante. Los niños se subieron a su cola ancha y brillante y se abrazaron con fuerza. El elfo tomó el volante y luego volaron a una velocidad increíble, a través de la maravillosa oscuridad azul que se extendía a su alrededor. Se hizo más y más claro a medida que se acercaban a la luna. Y había menos estrellas, porque las estrellas prefieren brillar en un lugar donde se las pueda ver. El elfo aterrizó el cometa en la luna. ¡Los niños quedaron asombrados! La luna era hermosa. Tom estaba buscando por todas partes su cometa. De pronto, algo casi se estrelló contra ellos.

"¿Por qué no miras por dónde vas?", preguntó la cometa. Ella había dicho un comentario sarcástico. Estaba a punto de ocurrir una pelea, cuando alguien dijo: "¡Dejen de pelear ahora mismo!".

"¡Oh, oh!", murmuró el elfo. "Estaba esperando eso. Adiós, niños, ¡me voy!". Y apuntando con las manos hacia abajo, se zambulló desde la cabeza del cometa y desapareció en dirección a las estrellas. Entonces Tom y Anna vieron una figura alta, tan blanca, delicada y brillante como la luz que la rodeaba.

"¿Es... puede ser el hombre de la luna?", susurró Ana. Entonces la figura se acercó y vieron que era una bruja blanca, maravillosa y de aspecto misterioso. "Soy la Dama de la Luna", reveló, con la misma voz clara y fría. "La nieve, la quietud y el espacio están donde quiera que vaya; cuando sonrío, hago que todo el mundo sea hermoso, pero mi sonrisa quita el color a las flores y la ondulación del agua y el calor de la luz del sol".

Miró a su alrededor y sus ojos se posaron en la cometa de Tom. "¿Qué hace esa criatura en mi país?", exigió saber.

"Es mi cometa. La hice yo solo, Anna pintó la luna y las estrellas en ella".

"Me temo", dijo Anna, "que la luna no se parece mucho a la luna, pero fue lo mejor que pude hacer con tres pinturas. Las estrellas están bien", agregó ansiosamente. La Dama de la Luna sonrió. "¡Estrellas, de hecho!", ella observó. "¿Qué importa cómo estén pintadas las estrellas? ¡La luna es mucho más importante, y tú has hecho un gran trabajo con eso! ¿Quién te trajo aquí?".

"El elfo nos trajo", explicó Tom. "Estuvo aquí hace un minuto, pero acaba de irse. Por favor, ¿puedo llevarme mi cometa?", preguntó con audacia. "Quiero mostrarles a los otros niños y niñas que, después de todo, sí voló a la luna".

"¡Vayan, vayan, vayan! Se acerca el alba y serán tragados por la puesta de la luna", les gritó. Tom fue el primero en subirse sobre su cometa.

"¡Salta, Anna, salta!", pidió este a su compañera que le siguió. Así, Tom y Anna estaban sentados en la parte superior de la cometa más grande del pueblo.

"Ahora", ordenó Tom a su cometa, "¡llévanos a casa de inmediato!".

El sol brillaba intensamente, los pájaros cantaban y los niños reían de camino a la escuela, cuando Tom y Anna por fin llegaron a casa en la cometa más grande del pueblo.

"¡Ay, ay!", gritaron impactados todos los niños y niñas, corriendo hacia ellos con gran emoción. "¡Tom y Anna han estado navegando en la cometa más grande del pueblo! ¿Dónde han estado?", quisieron saber.

"¿No les dije que mi cometa iba a la luna?", reveló el pequeño con gran orgullo. Después, Tom se fue a casa a desayunar; pero la cometa voló de regreso al cielo.